



## **CONFERENCIA**

**DEL DOCTOR DARIO ROZO M.**

**en la sesión solemne anual de la Sociedad Geográfica de Colombia.**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 3, Volumen IX  
Tercer Trimestre de 1951*

**E**

l hombre depende de la tierra como la hoja del árbol.

La vida material de la humanidad tiene como único principio eficiente el Mundo, del cual no puede desligarse sino con la muerte. Toda actividad humana es un intercambio con la actividad terrestre, porque esa actividad es solamente la utilización de las fuerzas latentes o activas de la Tierra manejadas por la inteligencia y el vigor muscular de los humanos, y a su vez la inteligencia y el vigor muscular solamente son posibles cuando la vida anima al hombre, y la vida se mantiene y perdura por los frutos que de la tierra recibe.

Hay pues dos ciclos que relacionan al hombre con la Tierra: uno independiente de la inteligencia, que es la nutrición, y el otro que es el encausado por la dirección intelectual; el primero radica en la actividad autógena del organismo, maravilla del Autor Supremo; el segundo tiene su principio en la armonía fecunda de la intelectualidad que comprende y analiza los fenómenos y rige la desconocida idiosincrasia de los músculos, otras maravillas del Autor Supremo que engrandecieron y dignificaron a la primera.

De estas premisas se deduce fácilmente que el conocimiento científico de la Tierra es de elemental e ineludible necesidad para las sociedades. Ese conocimiento científico de la Tierra es lo que se ha llamado Geografía y empezó con el antiguo nombre de Geometría que fue, después la madre de las matemáticas.

Todas estas consideraciones sugieren espontáneamente al entendimiento la idea de la importancia y necesidad de asociaciones como la que con el presente acto celebra su sesión anual; y por las mismas razones son merecedores de deferente aplauso y sincera acogida los nuevos miembros que hoy ingresan a la Sociedad Geográfica de Colombia, de quienes recibirá auge y prestigio y a cuyo nombre les doy la bienvenida.

Adelantando en el análisis del necesario intercambio de energías, latentes o activas, entre la Tierra y el Hombre, se llega a la natural conclusión de que la formación, la permanencia y el progreso de las sociedades, dependen de las condiciones del terreno en que se desarrollen las agrupaciones de hombres.

Del terreno dependen las costumbres, la literatura, las ciencias y aun la formación de las razas: unas agrupaciones conocerán mejor que otras la minería; otros hombres serán más aptos en agricultura y pastoreo; aquellos se harán hábiles en las artes náuticas por vivir a la orilla del mar o en las márgenes de los ríos; otros sabrán domesticar el caballo y el camello para recorrer las distancias en donde el agua no permite que los maderos se deslicen flotando; los de allí cubrirán su desnudez con pieles; los de allá le quitarán su capullo al gusano de seda.

De estas nociones se desprende el proceso inverso de formación, esto es, que del conocimiento de las sociedades se puede deducir el de las regiones que habitan y para ello conviene tener presente una de las leyes que presiden en la naturaleza para todo orden de cosas: la del mínimo de trabajo. Por esa ley los hombres elegirán, cuando les sea posible, aquellos parajes en donde sea más fácil y apacible la vida. Se ve que las civilizaciones han surgido primero en las riberas de los ríos caudalosos y tranquilos, donde las vegas fértiles y planas dan acogida: el Éufrates, el Ganges, el Nilo; allí aprenden a servirse del agua e inventan la nave, de la canoa al trirreme; después escogen las costas de mares prometedoras para ensanchar el comercio: Carmania, Fenicia, Grecia.

Guiado por las apreciaciones que preceden, voy a referir la vida de algunos hombres para que conozcáis un poco las regiones que habitan; relataré, pues, algunos episodios sobre las costumbres de compatriotas nuestros que habitan en las márgenes de los grandes ríos poco visitados por los que hemos nacido en el interior de la Nación y que yo he tenido la suerte de conocer cuando participé en los trabajos de demarcación de las fronteras en unión de apreciados colegas que pertenecen o que pertenecían a esta selecta corporación y de otros ya fallecidos, a quienes con sagro un recuerdo fervoroso en esta ocasión, como Tomás Aparicio, Garzón Nieto, Justino Garavito,

Melitón Escobar, José Eustasio Rivera, Guillermo Cote Bautista, Julio Rodríguez Piñeres.

Para comenzar los trabajos de demarcación de la frontera con el Perú, salimos de Iquitos en un pequeño barco alquilado.

Desde Iquitos hasta la frontera con el Brasil, siguiendo el Amazonas, en una extensión de más de cuatrocientos kilómetros, Indiana y la Victoria son las únicas haciendas o factorías que hay, pues lo demás se reduce a pequeñas chacras medio ocultas por la frondosidad del bosque. El lugar de Chimbóte, en la margen peruana, tiene también ganados, leña y otros artículos; e igualmente emplea indios de las tribus cercanas en las faenas.

Pebas, también del Perú, es un poblado de muy pocas casas; está sobre una colina que es la única que por aquellos contornos se muestra; habitando gentes de raza blanca, desmedradas y amarillas, pero también pasan allí temporadas muchos indios de la tribu de los yaguas que van a servir en las chacras vecinas. El vestido que usan estos indios es hecho de largos flecos sacados de cogollos de aguaje, por lo cual resulta abultado y de color pardo y como suelen llevar cayados altos, parecen osos de los que van con las pandillas de los gitanos; llevan el rostro y toda la piel enrojecida con achiote.

Arriba de Pebas y por la margen opuesta, entra el Ñapo de aguas abundantes, en cuyas márgenes se cosecha arroz y en cuyos bosques se recoge balata y alguna siringa; sus riberas han sido pobladas por muchos colonos colombianos y ecuatorianos.

Cerca de Chimbóte está la isla Tigre, de catorce kilómetros de largo, formada por un brazo angosto del Amazonas en el cual vierte sus aguas el Atacuari; éste es río largo y tortuoso y a él afluyen otras corrientes de agua provenientes de cochas recónditas; en sus riberas se extienden algunos siringales.

Miserables y rústicas chozas están diseminadas a grandes distancias a lo largo del río y casi ahogadas por la profusa selva.

Después de algunos días pasados en los contornos de la isla Tigre, remontamos el Atacuari y aunque ya comenzaban a subir los caudales de agua, la navegación no era expedita en embarcaciones como la que llevábamos porque un poco arriba el río corre en muy estrechas curvas

que dificultan las viradas. Ya por aquella época, mediados de octubre, los ramajes de la orilla se tendían casi al nivel del agua, la cual había cubierto las playas y los gramalotales de tal modo que hacía que los árboles surgieran de las ondas.

Muy remotamente y al dar un rodeo, nos hallamos con el puesto de un cauchero; el terreno limpio de arbolado no abarcaba media hectárea; a la vera del río se levantaba un desmedrado plantío de yuca; algunos plataneros crecían cerca de los ranchos y también un papayo que comenzaba a dar fruto. Había también en medio del campo unas palmeras de **asaí** que no habían sido derribadas para poder coger más tarde el cogollo y el fruto con lo que se alegraría un poco el rústico condumio. No por causa semejante a esta, sino por tener la madera tan dura que hace mellar las hachas, se había respetado un enhiesto y robusto **quebracho** (quiebra-hacha) que a pocos metros de la orilla se alzaba.

Desde el desembarcadero hasta las casas, el suelo estaba desprovisto de yerbas; eran las casas unas tristes barracas de la más sencilla estructura que pueda imaginarse: un leve techado de dos vertientes hecho con palmas de **pashiuba** y sostenido por seis varas clavadas en la tierra; bajo su amparo hay una barbacoa que constituye todo el mueblaje de la habitación, porque sirve de cama, de mesa, de asiento, sobre ella se ve el pequeño baúl que contiene las escasas ropas y quizá alguna gargantilla cuidada con esmero; también están allí las redes y el anzuelo, las ollas y el molinillo de metal. La otra barraca, que no merece tal nombre, es una mediagua de hojas secas sostenida por cuatro estacones, tan baja que sobre el techo se ponen al alcance de la mano, la **cachapona**, rallo que da la naturaleza en el bosque vecino y que sirve para rallar la yuca; la **sedama**, para cerner, hecha de pajas planas como una esterilla sostenida por un tosco marco de cuatro varitas rústicas, y el **tipití** para exprimir el veneno de la yuca brava. Esta exigua ramada sirve para medio guarecer al cauchero cuando se da a la tarea de fumigar la goma.

Cuando arribamos no había nadie por allí; el lar estaba sin fuego y sin ceniza; las ollas bocabajo, frías y secas, aparentaban estar así desde mucho tiempo, se hubiera creído que todo aquello estaba abandonado, si la canoa amarrada en la orilla y lista para la pesca no denotara la proximidad de sus dueños.

Instalado el altazimut y una buena señal para determinar la orientación, esperábamos la noche, que a juzgar por lo limpio del cielo, habría de presentarse con muchas estrellas y sería propia para nuestras observaciones, cuando apareció por el lado del bosque un hombre y a poco una mujer

quienes, por la manera atenta de observarnos, parecían sorprendidos y recelosos de nuestra invasión. El se acercó y en el saludo comprendimos que quería alguna explicación.

—¿Vienen a mensurar la tierra del siringal? preguntó.

—No. Venimos estudiando los ríos, contestamos, pero no hacemos mensura de tierras.

—Da lo mismo. Como yo no tengo aquí nada mío, nada me importa. El patrón se entenderá con busté. U es que el señor viene por cuenta del patrón?

—No sé quién es su patrón. Pasaremos aquí dos o tres días y seguiremos.

Filomeno, desde el sitio donde estaba, observó nuestras embarcaciones y pareció tranquilizarse. Entró poco a poco en conversación y nos contó su vida en la región, la cual relataré yo ahora.

De Iquitos a Tinaruco en canoa, de allí por tierra a la chacra Mazán a orillas del río del mismo nombre que ahí desemboca en el Ñapo; se remonta el Ñapo y se sube por el Tamboryaco y luego hasta Cototipishca; dos días por un varadero hasta el Pensamiento en el río Eré, y luego al Campuya y por éste al Putumayo. Tal fue el camino que siguió Filomeno cuando se vio abandonado de su padrino, quien lo había traído desde Alpujarra, en el Tolima.

El muchacho quiso volverse a su patria por esa misma vía que era para él la menos costosa, pero al intentar hacerlo gastó muchos meses en espera de oportunidades para navegar en las canoas que hicieran el recorrido necesitado por él; en los entretantos trabajaba empleándose en diversos quehaceres y así fue como conoció las costumbres de aquellas regiones y las diversas labores en que se ocupan las gentes.

Llegado al Putumayo no encontró pronto manera de remontarlo, pero como ya estaba hecho a la vida de la selva no le inquietó la perspectiva de una demora más o menos larga; sin embargo tuvo necesidad de concertarse durante largos meses, juntó algunos ahorros y entonces determinó desmontar un lugar en cierto afluente rico en árboles de goma; construyó su rancho y soñó con formarse una vida independiente; pero cuando todo esto se presentaba halagüeño para él, se formó una fuerte compañía para explotar grandes territorios en aquellas mismas regiones.

La nueva compañía quiso comprar la chacra de Filomeno, quien por tener ya ilusiones forjadas en las que el mejor aliciente era el campo talado por su propia mano y su vida independiente, rehusó venderlo. Hubo de nuevo propuestas y de nuevo negativas y pasó algún tiempo, lo que permitió creer que todo seguiría normalmente: Filomeno en posesión de lo suyo y en buena amistad con sus

poderosos vecinos; pero vino otra proposición de especie diferente, la que fue aceptada después de vacilar por varios días: el joven colono iría de capataz de una cuadrilla de indios, para marcarles las "estradas", porque Filomeno era ya uno de los más expertos en conocer los buenos árboles de caucho, los castillos preciosos que dan el jugo codiciado, el hevea que crece en los lugares húmedos.

Llegó el día de la partida, Filomeno dejó sus cosas en orden; eran realmente muy pocas: el caucho y sernambí que tenía los había vendido a la Compañía por buen precio. Tomó pues, su ligera canoa, los usados remos y el útil bichero; la escopeta y la carabina —bien limpias y aceitadas— fueron puestas en el fondo de la barca y al alcance de la mano; un par de mudas, la hamaca, la red, los anzuelos dentro de un calabazo bien tapado junto con los fósforos y la cantimplora de la pólvora iban en la tula, cuya boca fue atada cuidadosamente, porque así no podría penetrar el agua en ella ni la humedad del aire y además en caso de vuelco (virada dicen ellos), flotaría salvando el contenido. Había también en la canoa un racimo de plátanos, una olla pequeña y un oxidado tarro de hojalata que, por medio de una cuerda renegrida de la cual pendía, permitiría sin inclinarse, recoger agua del río para calmar la sed o preparar la **yucula**. Quitasueño, un perrito negro y ágil, también saltó a la embarcación.

Filomeno comenzó por chimbar para buscar la orilla de la sombra y luego enderezó la proa aguas arriba para surcar, esto es remontar el río. Cantaba una canción de su tierra natal, aprendida en los días de la infancia, mientras golpeaba rítmicamente el agua con el ancho canaleta.

Cinco horas empleó para llegar a la nueva fundación. En un rozo sobre aplanadas colinas aparecían ya varias barracas, todas eran de yaripa y con techos de palma seca; la mayor estaba dividida en varias dependencias: una servía de tienda, en otra tenían instalado el escritorio; allí, ante una gran mesa, escribía el contador que era un joven moreno, cetrino y de rostro huesoso; a la sazón caligrafiaba sobre un libro muy grande.

Filomeno, silencioso, estaba en este aposento y esperaba al administrador; se había sentado sobre un cajón vacío de kerosén; Quitasueño, echado a sus pies, parecía atemorizado y erguía la inteligente cabecita vigilante.

Mientras pasaba el tiempo, los ojos pequeños y enrojecidos de Filomeno fueron recorriendo distraídamente el desmantelado recinto: vio en un rincón unos sacos entreabiertos con frijol; varias

hachas sin cabo; frente al contador había un almanaque clavado en el estante; en una tarima un gramófono. Las ligeras cucarachas pasaban rápidamente sobre el-suelo hacia las partes sombrías; una lagartija salió de entre la paja del techado, corrió veloz un trecho de dos palmos por un madero de la techumbre y se detuvo repentinamente por largo rato; volvía a uno y otro lado la cabecita ágil y los ojos vivaces. Entró en esto el administrador; calzaba gruesas botas, tenía un ancho sombrero y al cinto llevaba el revólver con el cinturón repleto de cápsulas.

—Está listo? don Filomeno; preguntó sin saludar.

—Sí, señor.

—Usted irá con Rodríguez que va a ser el capataz, porque como usted no quiere servir ese puesto...

—No, señor. Yo tengo que volver a la chacrita.

—...irá también un agente de policía, —continuó el administrador.

—¿Policía? y pa qué? ¿Aquí tienen policía?

—Sí señor. El gobierno nos ha facilitado tres agentes para guardar el orden.

—Está bien; murmuró Filomeno.

—Rodríguez tiene ya escogidos los indios. Mañana deben salir temprano. Ya sabe lo que se ha de hacer; ¿Me comprendió usted bien el otro día cuando hablamos, ¿no?

—Sí, don Polo.

—Bueno, vaya véase con Rodríguez; él le dará municiones.

¿Firmó ya nuestro contrato?

—Sí, señor —dijo Filomeno.

—Sí, señor —dijo el contador volviéndose y presentando un pliego a don Polo.

Este echó una ojeada al lugar de la firma y lo devolvió al hombre cetrino que esperaba delante de él.

Don Polo era un cauchero de los de tercera jerarquía; porque en esto de la recolección del caucho hay varias jerarquías: la de los que sangran directamente el árbol y fumigan el latex; la del capataz que vigila y dirige la faena de éstos; el de tercera categoría es el administrador, quien ya no recorre directamente la selva sino que dispone de las cuadrillas, recolecta lo que éstas producen; recibe y distribuye los elementos, hace los envíos a la casa principal y firma la correspondencia para el gerente; este es de cuarta categoría con los accionistas que han aportado dinero. Pueden distinguirse diferentes matices en esta calificación que sería largo enumerar.

Hay otros trabajadores en la recolección del caucho y de otros productos de la selva; entre ellos está el que por sí mismo extrae la goma, la prepara y luego la transporta personalmente para venderla en los mercados o en las factorías; menos mal si trabaja con dinero propio, como lo hacía Filomeno cuando aceptó la propuesta de don Polo; pero mal y muy mal, cuando el cauchero tiene que ser "aviado".

El **aviado** recibe de un comerciante o de un patrón algún dinero, herramientas y víveres para emprender el trabajo; el valor de todo esto tiene que pagarlo lentamente con la totalidad de los productos que extraiga. Hay infelices aviados que toda la vida se la han pasado trabajando para cubrir una cuenta que nunca se salda.

Salieron cuatro canoas cuando ya rayaba el día. Entre las provisiones llevaban los indios ollas llenas de masato a medio fermentar de frutas de aguaje para preparar la yucula a medida que fuera menester. En la barca de Filomeno iba Quitasueño, y en la del cocinero iba Siroma, un gozquecillo de color leonado.

Se viajó durante seis días bajo las saetas del sol y el ultraje de las ramas de la orilla que en muchos sitios se tendían casi al nivel de la corriente; se dormía sobre la arena de las playas desafiando estoicamente las inclemencias de la noche. Cuando se hacía alguna parada, los mosquitos eran insoportables: ya era el **piún** que deja bajo la piel un punto rojo de sangre; ora el **miache**, mayor que aquel; ora el **maruí** o **jején**; por la tarde cuando iba a caer el sol, mortificaba el **pringue** o **mantablanca**; a prima noche, el culex y el onofeles, llamados carapanás, y durante el sueño otras clases de cínifes.

Se escogió por fin el sitio en la margen de un recóndito arroyo, o quebrada como se dice en América Española, o igarapé como se dice en el Brasil.

Cuando se entró por la desembocadura hubo necesidad de abandonar a Siroma porque hacía tres días el **mal de perros** le tenía paralizado de medio cuerpo hacia atrás; no quisieron matarlo por supersticiones del cocinero.

Bajo los árboles que mezclaban sus ramas en lo alto, se comenzó la faena de hacer los ranchos; por la noche se veló con inquietud, y al amanecer salió Rodríguez con Filomeno y otros reconocer la región por si era necesario hacer una **correría**; parecía que exploraran militarmente un campo



enemigo: avanzaban cautelosamente procurando no hacer ruido, observando con cuidado al través de las ramas y de los matojos; sondeaban con la vista la semioscuridad que había donde era más enmarañada la trabazón de la maleza o la de las altas ramas de los enhiestos árboles; miraban al suelo para examinar la menor huella en la hojarasca, escudriñaban en los troncos y follajes para que no se les escapara ni la más insignificante señal, como alguna ramita tronchada, dos gajitos retorciticos artificialmente, una hoja a medio romper, porque tales son las señales que dejan los indios salvajes para reconocer los caminos que deben seguir sin ser descubiertos.

Durante el día se exploró una grande extensión de bosque sin haber descubierto nada sospechoso; las tribus de aquellos contornos debían estar lejos y no se reconoció indicio de que hubieran espiado.

Filomeno con ojo experto registró los lugares donde era más copioso el siringal y al día siguiente volvió a recorrer el arbolado señalando los troncos que debían ser sangrados; llevaba el **marchadiño** en una mano y con él iba marcando los árboles; en la otra, el rifle en balanza y el machete pendiente de la cintura. A cada hombre se le adjudicó su **estrada**, que es el camino que se deja indicado por los troncos marcados y que el peón debe explotar en determinado tiempo.

Por las tardes se fumigaba el látex recogido. Aquellos hombres al regresar del bosque con sus vasijas llenas de líquida goma, ponían fuego a las hogueras y sobre el espeso humo que se desprendía iban envolviendo el caucho en el extremo de una estaca a medida que se coagulaba al contacto del humo, formando pellas negruzcas y sufrían el calor de la hoguera unido al del clima; algunos hicieron con barro pequeñas chimeneas para encauzar el humazo y aprovecharlo mejor. No faltaba quien durante los ratos, de ocio punteara el guitarrillo o el violao, o rasgueara el tiple.

Pasaban los días; el capataz vigilaba de continuo a los indios y los obligaba a trabajar con amenazas, injurias y golpes; Filomeno también gobernaba su cuadrilla a la manera de los demás, y aconteció que un día sus hombres sorprendieron dos salvajes medio desnudos y los prendieron; eran de una tribu que en ocasión pasada, hacía mucho tiempo, habían dado muerte a unos caucheros valiéndose de emboscadas y vengando de ese modo el ultraje de los blancos que les habían robado algunas mujeres. Los de la cuadrilla querían ultimar a los presos, pero Filomeno se interpuso y lo impidió con energía; se calmó el tumulto por el momento, pero en breve se volvió un verdadero motín contra Filomeno, quien no se atrevió a descerrar un tiro al más envalentonado y optó por mandar llamar a los gendarmes. El tumulto creció oyéndose las más soeces imprecaciones

e insultos; los villanos asesinaron a los pobres indios y colgaron los cadáveres de unos árboles para que sus compañeros de tribu tuvieran escarmiento y no intentaran algún ataque.

Llegaron los gendarmes y por primera providencia apresaron a Filomeno, habiéndole desarmado previamente; luego lo condujeron a las barracas, en donde Rodríguez dispuso que fuera encerrado en un rancho, cautivo con esposas; se le acusaba de haber dado orden para matar a los indios prisioneros, y aunque Filomeno protestó repetidas veces, nunca se le quiso oír.

Al tercer día se le embarcó en una curiara con un gendarme y dos bogas para llevarlo a los ranchos de don Polo. Cuando pasaron por la confluencia, oyeron los lamentos de Siroma, el perrito abandonado que aún vivía; estaba a la orilla de un charco cerca de la ribera, entre grandes yerbas de gramalote y medio hundido en el lodo; una nube de moscas y de tábanos zumbaba interminablemente sobre el pobre animal. Siroma, enflaquecido de modo lastimero, miró a los viajeros con la mirada más doliente que pueden expresar dos ojos entristecidos y vidriosos; pugnó por salir del lodo, pero apenas logró removerlo. La barca pasó de largo; el eco lamentable de los aullidos del gosquecillo repercutía en la selva, cada vez más distante. Quitasueño comenzó a aullar también.

Cuando hubieron llegado al puesto, Filomeno habló de mil maneras para explicar su conducta, no se le oyó, protestó después, gritó, hasta insultó, tampoco le oyeron, y no podía hacer más porque estaba desarmado y con ligaduras; fue considerado como criminal peligroso y determinaron remitirlo a las autoridades, para lo cual aprovecharían el primer vapor que subiera por la goma recolectada. Pidió que lo dejaran ir a su chacra con el fin de arreglar ciertas cosas; el gendarme lo acompañaría. A esta petición se accedió sin mayores reparos.

Quitasueño llegó a la canoa penosamente porque ya comenzaba a paralizarse.

La embarcación donde iba Filomeno fué llevada a remolque.

Una "vuelta" faltaba para llegar, cuando el gendarme invitó a Filomeno para bajar a una playa con el propósito de tratar sobre un asunto que ya le había insinuado con medias frases y en voz baja para que no se enterasen los demás. Desembarcaron, y apartados de los compañeros dijo el polizante:

—Don Filomeno, yu he simpatisau mucho con busté. Yo´s toy más que jarto con este servicio de la

gendarmería; poco se gana y se padece mucho. He pensau en que si busté tiene algunos ríales que me dé pa poderme desertar, yo lo ejaría en liberté. Conque vea a ver.

Filomeno sintió interiormente estallar la cólera, pues atando éste con otros cabos, se le confirmaba la sospecha, abrigada ya, de que el tal gendarme no lo era, y que el miserable se prestaba para un papel inicuo. Pero se contuvo y calló, porque pensaba que sería mejor verse libre aunque fuera a costa de sus economías. Hablaron luego y discutieron largo rato sobre el precio; una vez ajustado, convinieron en que Filomeno iría a buscar unas monedas que había dejado bien ocultas en su rancho. Con esto se embarcaron de nuevo.

El muchacho esperaba con ansia llegar al paraje del río desde donde se divisaba su casita; pero fue grande su turbación cuando al llegar allí no distinguió nada; un silencio desgarrador le acometió, pues temía que cualquier pregunta pudiera dar ocasión a convencerse de una realidad en que no quería creer.

La canoa tocó en el **Puerto**; un boga saltó a tierra y con el cabo ató las embarcaciones al tronco de un arbusto. Filomeno subió el barranco, tenía el rostro contraído y pálido. Quitasueño, moviendo trabajosamente las patas, subió también la cuestecita y se adelantó olfateando.

En el lugar que antes ocupaba el rancho había solo un montón de cenizas apretadas por la lluvia pasada, de donde surgían puntas de varas carbonizadas. Los lagartos se escondían al escuchar los pasos; un largo desfile de rojizas hormigas pasaba por debajo de algunos palos derrumbados y llevaban en alto fragmentos de hojas que simulaban diminutos estandartes verdes; una garzatigre levantó su pesado vuelo y fue a posarse no lejos en los árboles de la linde.

El asombro al contemplar la devastación de su campo, dejó a Filomeno perplejo e inmóvil; no le convencían sus ojos de lo que estaban viendo, y se abrían desmesuradamente para escudriñar la desolación: el plantío de yuca estaba descuajado de raíz; los gruesos vástagos de los plátanos yacían por tierra medio podridos ya; el maíz estaba talado como yerba dañina; los tiernos limoneros y naranjos, defendidos con tanta perseverancia de las voraces hormigas, estaban tronchados y sin hojas.

Lívido estaba el hombre, secos los labios entreabiertos y con las omisuras caídas.

—¡Bandidos! ¡Canallas!, fue lo único que pudo balbucir, y se llevó los puños crispados hacia la

cabeza con desesperación. Buscó algo con qué herir, con qué matar, pero no le habían dejado la menor arma. Después de largo rato, la bronca voz del esbirro dijo:

—Despácheme busté. Yo no quero que me coja pu aquí la noche. Si no quere cumplir su palabra, avise, qui-este “güinchester” no ta osidau.

—Seguro que me han robado mi dinero.

—Busté verá.

Con ayuda de una estaca, pues el guarda no permitió que le prestaran un machete, Filomeno cavó en cierto sitio y mientras buscaba las monedas enterradas, oyó al polizonte que decía:

—Y no quera chimbar ni surcar, bájese rápido y no güelva a asomar pu aquí, pues es jásil que lo ojén dende el monte. Busté no queda pu aquí con vida. Se lo digo como güen amigo.

Cuando dio con los dineros, pagó lo tratado, pero tuvo que dar más, temiendo que por la codicia de los que le quedaban, le arrebatasen la vida. Dejóse unas pocas monedas; lo embarcaron en su canoa y lo echaron río abajo.

Dejó sin gobierno el barquichuelo, sumido en mil cavilaciones. La triste silueta de Quitasueño, apoyada en la borda de la canoa, negra también como si fuera de carbón, aullaba lastimeramente. La canoa flotó al garete toda la noche. En el lejano caserío a donde llegó después de mucho sufrir por días interminables, consumió los pocos reales que le quedaban en poner sus quejas ante las autoridades; pero estas por impotentes o por pusilánimes, no se atrevieron contra los empresarios.

Entonces Filomeno, con coraje digno de más elevados designios, volvió a la selva para trabajar, pero tuvo que aviarse y como luego fue depreciándose el valor de las gomas, su situación decayó día por día, hasta el extremo en que lo vimos aquella tarde en que nos contó su historia.

Ahora, para disipar un poco el natural desagrado que deja en el ánimo el relato de la vida de los caucheros en el Sur, quiero esbozar otras escenas en los ríos Zulia y Catatumbo.

Viajábamos en el tren hacia Puerto Villamizar, lugar de donde parten los bongos cargados de café y cacao colombianos, para ir por el Zulia abajo en busca de los transportes venezolanos. Al oriente se veían los alcores de San Faustino que están en las estribaciones de la gran cordillera de Mérida que es la prolongación, sobre el territorio de Venezuela, del ramal oriental de los Andes colombianos. Sobre el cerro de Mucujú se divisaba la aldea de Ricaurte de reciente fundación, por cuyos ejidos

del lado de Venezuela había dejado la Comisión de expertos suizos trazada la frontera, internacional. Buscamos a su pie con la mirada la población de San Faustino y no pudimos columbrarla por estar oculta entre las malezas y los árboles que ahora invaden las que antaño fueron plácidas dehesas y campos de añil.

San Faustino fue próspero hace muchos años; hoy está de caída: arruinaronse las casas, se cubrieron de grama los empedrados, confundieronse las heredades y la vegetación tropical rindió la obra del hombre. Se fundó en primero de febrero de 1662, setenta y un años antes que la ciudad de Cúcuta, por don Antonio Jimeno de los Ríos, con el propósito de defender aquellos valles y la navegación del Zulia y del Pamplonita de las continuas de predaciones de los indios Motilonos y Chinatos; personas de calidad y de energía gobernaron la jurisdicción de San Faustino in dependientemente de las de Pamplona y San Cristóbal. Se sabe, por la enumeración de un antiguo censo, que hacia los postreros años de la Colonia vivía allí don Francisco de Paula Santander cuando contaba pocos años de edad; por ese entonces era gobernador el padre del futuro presidente de la Nueva Granada.

La población se aniquiló por una pavorosa epidemia que diezmó sus habitantes y obligó a huir a los supervivientes.

En el puerto nos esperaban dos lanchas de gasolina que remolcaban cayucos; embarcaciones que debían transportarnos por los ríos para la ejecución de los trabajos de los comisionados técnicos:

Selvas sombrías cubren las márgenes; de trecho en trecho hay una tala y en ella un rancho o bohío. A uno de esos lugares arribamos una tarde; allí el hacha había respetado un elevadísimo veleto, árbol esbelto y gigante que señorea por encima de la floresta; a su pie florecían achaparrados guayabos y olorosos limoneros, también pacía una olorosa vaca con su cría y tres inquietas cabras. Era la estancia de don Santos, hombre vigoroso, entrecanos el cabello y los bigotes; tenía allí su casa que era un ancho barracón fabricado sobre gruesos estacones, con piso de maderos toscos a más de un metro sobre el suelo para precaverse de las inundaciones del río; debajo dormían los cerdos y allí se refugiaban los perros y las aves domésticas cuando era fatigante el calor de la viva luz del sol. Arriba estaba dispuesta una troja o cañizo amplio que servía de dormitorio a los muchachos y al que se subía por una escalera de diablo que así se llaman las adereza das en un tronco con escotaduras para apoyar los pies en la subida.

Componían el ajuar dos o tres mosquiteros, pardos por el humo, un arcón repulido de tanto usarlo y en donde estaban guardadas las prendas de vestir dobladas con cuidado y que sólo se usaban para las idas al Puerto; arrolladas en los maderos del techo se veían tres hamacas o coyotes, como allá dicen, las que se descolgaban en las primeras horas de la noche. Afuera y al lado de la puerta había una como mesa de tablones labrados a hacha y con los soportes clavados en el suelo; en el borde había un molinillo de metal sujeto con su tornillo de mariposa, con él suplían la falta de la tradicional piedra de moler porque este material es muy escaso en la región. En esta mesa cuando da frente al río o bajo un Tingladito a propósito, se coloca en ciertas épocas del año un pequeño altarcito portátil con una vitela de la imagen de Nuestra Señora del Carmen, delante de la cual se encienden velas; el altarcito va de una casa a otra a lo largo del río.

Al día siguiente nos acercamos para conocer la familia de Don Santos; Ángela y María-Luisa se llamaban las dos hijas mayores de los ocho o nueve hijos que allí tenía. Ángela nos hurtaba el rostro fingiéndose atareada en los menesteres del fogón; la otra pilaba arroz garbosamente en un sitio despejado donde vagaba la brisa; después empezó a aventarlo soplando el chorro de granos con un abanico de gruesas plumas de paují. Lucía en los dedos una sortija y para hablarle de algo le pregunté si tenía novio, a lo cual contestó con mucho desparpajo:

—Ora dice que porque tengo anillo estoy amando?

—Pues eso quiere decir el anillo en una muchacha como tú.

—Eso nó! Yo no quero hombre tuavía.

—Pero... me contaron que conocen a un estanquero que cuando pasa por aquí, trae muchas velas, y que...

—Ah! pero pa la Virgen del Calmen.

—Sí. Pero por alumbrar a San Miguel le ponen velas al Diablo.

Entonces ella dijo sonriendo:

—Eeh! Más vale que usted se vaya y no me diga más. Conmigo no saca bejuco.

Algunas horas después, cuando la noche empezaba a ensombrecer los reflejos del agua, se dejó escuchar a lo lejos una voz varonil, fuerte y casi tan sonora como un clarín, que venía desde alguna cercana vuelta del río; las muchachas que estaban sentadas a la vera de la casa, cantaron en coro cuando calló la voz lejana; el canto era quejumbroso y monótono; la selva vecina hacía de tornavoz; aquel canto unido al murmullo de las frondas y al claqueteo del agua al golpear en la barranca, prestaba raro encanto a la melancolía de la tarde.

Callaron ellas y tomó el barquero a cantar; llaman esto salomar; a la cantinela sin palabras con que se acompañan en sus faenas de marinería, denominan salomas, como se lee en los libros de los clásicos. Dan también este nombre a los cantares y así les dicen salomas o palomas. Las hay picarescas y las hay tiernas y amorosas y muchas de ellas adecuadas a los diálogos de novios; les dan un aire parecido al de las andinas. Y como ahora está de moda el folklore, cosa que nosotros no pudimos hacer cuando intentamos iniciar esos estudios convocados por esclarecidos patriotas hace ya varios años, daré una corta muestra de lo que solían cantar en las riberas del Zulia, tratando de imitar la pronunciación :

Ejta maraquita ej mía,  
Tiene boca y sabe hablal;  
No maj le fartan sus ojo  
Para ayudajme a lloral.  
Dame una poquita de agua,  
No me la vaij a trael,  
Que yo no vine por agua  
Sino por venijte a vel.

Un día de mañana, las muchachas y la madre de una de ellas y madrastra de la otra, ostentaban las cabelleras negras, brillantes y alisadas cuidadosamente y adornadas con flores blancas y olorosas. Al preguntarles qué usaban para su peinado, nos dijeron que preparaban un aceite moliendo el fruto de cierta palmera llamada corubo y que es quizá el mismo coquillo de otros lugares; perfuman ese aceite con flores de elusión, las que cultivan con cariño y con las que se adornan el peinado. Esperaban el bongo que llegaría esa tarde, con dos cayucos más y todos sus tripulantes, entre los que vendría Piñita, el estaquero. Piñita llegó cantando alegremente y saludó a gritos.

Es el estaquero un desconocido héroe de los caudalosos ríos del Táchira: ágil, de fornidos músculos, connaturalizado y destrísimo adador; su puesto está en la popa de los bongos, lleva una fuerte estaca aguzada a la cual va atado un resistente cabo cuyo otro extremo está fijo a la popa del pesado bongo. Sirve esa estaca para anclar el barco en un momento preciso con el fin de evitar un choque o la varada en un banco de arena. El peligro suele presentarse repentinamente, entonces con prontitud vertiginosa salta el estaquero, vestido o no, con su pértiga en la diestra; se hunde en el agua, sin miedo a la profundidad, ni a las fieras, ni a los troncos erizados de púas y traídoramente ocultos; clava en el fondo su estaca y haciendo palanca con el otro extremo detiene la barca, o le quita viaje, como dicen ellos.

No sé si Piñita requebraría de amores a las chicas de Don Santos; lo que sí puedo afirmar es que al siguiente día me entretuve buen espacio oyendo canciones y entre ellas una que entonan mientras ejecutan las figuras de ciertas danzas, y que Ángela cantó:

Ejtaba la pájara pinta  
en su ramo re vere limón;  
con su pata recoge la hoja  
Con la hoja recoge la fló.

Ay de mí! Cuándo le vuerbo a vé,  
me arrodillo a loj piej de mi amante  
y le juro sel fiel y cojtante.

Dame la mano, dame la otra,  
dame un besito de tu linda boca.  
Da media vuerta y la vuerta entera.

Estos cantares habían obedecido a petición nuestra y entonces Piñita entonó el siguiente:

Enmedio a la mar salada  
Suspiraba una ballena  
Y en el sujpiro decía  
Quien tiene amor tiene pena.

Y luego dijo Luisa cantando:

Río abajo van mis ojo  
Atajaloj si podé  
O de no dejaloj il  
Que nada tuyo perdé.

Llegó el día de continuar el viaje; en pocas horas se deshizo el campamento y en los bongos y canoas remolcados por gasolinás, nos alejamos de los hospitalarios dominios de Don Santos. Todos los suyos, en hilera sobre la orilla nos despidieron con muestras de aprecio, y nos alejamos río abajo, recordando la canción que en la noche anterior habíamos escuchado unida al concierto de la selva:

Te fuitheh y me dejahteh  
Te fuitheh y me dejahteh.  
No lo hiciera yo con voh  
Sabiedo que no tenía  
Otro bien dehpuéh de Dioh!



La navegación del Zulia es pintoresca y agradable, pero está sujeta a las dificultades que ocasionan su poco fondo; dificultades que van menguando a medida que se va llegando al Catatumbo. Esa parte del río pasa por territorio venezolano. A pocas leguas de navegar aguas-abajo, el Zulia corre por praderas cultivadas donde se elevan los cocoteros y los búcaros tan celebrados por los novelistas venezolanos, los chapios y otros frondosos árboles que dan sombra a hermosas vacadas; y puede decirse que del puerto de Guayabo hacia abajo los airosos penachos de los chaguaramos alternan con el humo de las chimeneas de los ingenios.

Debíamos llegar al Catatumbo, ascender por él, tomar el Tarra aguas arriba, regresar de nuevo al Catatumbo y subir hasta la desembocadura de Río de Oro. En aquellas vastas regiones circulan los ríos por entre selvas retupidas y exuberantes.

Cuando navegábamos hacia Río de Oro, se vio que bajaba una lancha grande que remolcaba un bongo; les pareció extraño a los tripulantes nuestros que vinieran tales embarcaciones, porque aquel día no era de los señalados por las compañías petroleras para viajar al puerto de Encontrados; habláronse al pasar y supimos que conducían dos trabajadores flechados por los indios Motilonos. Estos indios son rencorosos y viven en pugna con los blancos que entran en la montaña en busca de resinas, gomas y pieles raras, porque éstos en cuanto logran ver un salvaje le disparan para darle muerte.

A medida que los exploradores y los buscadores de petróleo han ido invadiendo la selva, los naturales han retirado sus bohíos hacia el centro de ella. Estos indios, tanto hombres como mujeres, usan el pelo recortado y se cuenta que esta costumbre data de tiempo muy antiguo, según puede leerse en "Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Santa Marta" escrita por don José Nicolás de la Rosa y citada por Jorge Isaacs y por Luis Febres Cordero. Allí se dice que algunos de los antecesores de estas tribus vivieron en poblado, bajo el auspicio de un pastor de almas, en un centro llamado La Cruz. Llegó una terrible epidemia de viruelas y el Cura les hizo cortar el pelo "para mayor desahogo de la cabeza"; les prescribía tomar baños y beber cosas frescas "para que moderada su naturaleza cálida hiciesen las viruelas menos efecto". Pero esto no fué suficientemente eficaz y resolvieron huir a los montes llevándose voluntariamente al buen Cura. Regresaron cuando hubo cesado la epidemia; pero como se renovase pocos años después, hicieron la misma retirada, mas el ya experimentado Cura no se dejó llevar, "de cuya ida al monte —dice el cronista— no volvieron más los indios a La Cruz"; conservaron sin embargo la costumbre de cortarse el pelo.

Confío en que estos relatos hayan conseguido despertar un poco la curiosidad por la geografía descriptiva. Las enseñanzas y disertaciones sobre más altas y meritorias ramas de la Geografía, serán escuchadas en este recinto y dictadas por más competentes expositores: por quienes saben a cabalidad de sociología y de la mejor distribución de las regiones para hacer más eficaz la acción del gobierno y poder planear tácticas militares; por los que saben de geofísica e investigan las variaciones de la aguja magnética o auscultan el interior del Globo valiéndose de la gravimetría y de la propagación de las ondas sísmicas; por quienes conocen a fondo la geodesia que mide el mundo e investiga su forma y que saben cómo ha de representarse en los mapas; por los dados a la paciente lectura de archivos, de viejos tratados de límites y olvidados cronicones, que escriben la historia de los descubrimientos geográficos y de las líneas fronterizas; por los que conocen la antropología y la prehistoria para hacernos saber cómo fue la vida de los hombres hace milenios, en esta patria que nos cupo en suerte.

Hay buenos y prometedores auspicios para que esto suceda porque de cada una de esas disciplinas hay un experto en los nuevos miembros que hoy entran a formar parte de esta Asociación:

El General Julio Londoño, autoridad en las ciencias y en las artes militares, conocedor del territorio del País y autor de varios libros sobre geografía militar y política.

El Padre Jesús Emilio Ramírez, de la Compañía de Jesús, Doctor en Geofísica, sismólogo de renombre, Director del Instituto de Geofísica de los Andes Colombianos.

José Ignacio Ruiz, también matemático de altas dotes, Jefe en la Demarcación de fronteras con Venezuela, geodesta y cartógrafo, Director del Instituto Geográfico "Agustín Codazzi", antes Instituto Geográfico Militar y Catastral.

Francisco Andrade, hábil en distintas ramas de la ingeniería civil, Director de una de las Comisiones Demarcadoras de Fronteras con el Brasil, autor de un estudio histórico-geográfico de la región del Amazonas que le valió el ingreso a la Academia de Historia.

Luis Duque Gómez, perito en arqueología, especialista en etnología, autor de apreciados escritos sobre estas materias en relación con nuestro territorio patrio y Director del Instituto Etnológico Nacional.

Hay pues motivo más que suficiente para considerar este advenimiento como un hecho gratísimo que dará auge al progreso de la Sociedad Geográfica de Colombia. Pido pues un aplauso de congratulación en honor de los ingresantes.

